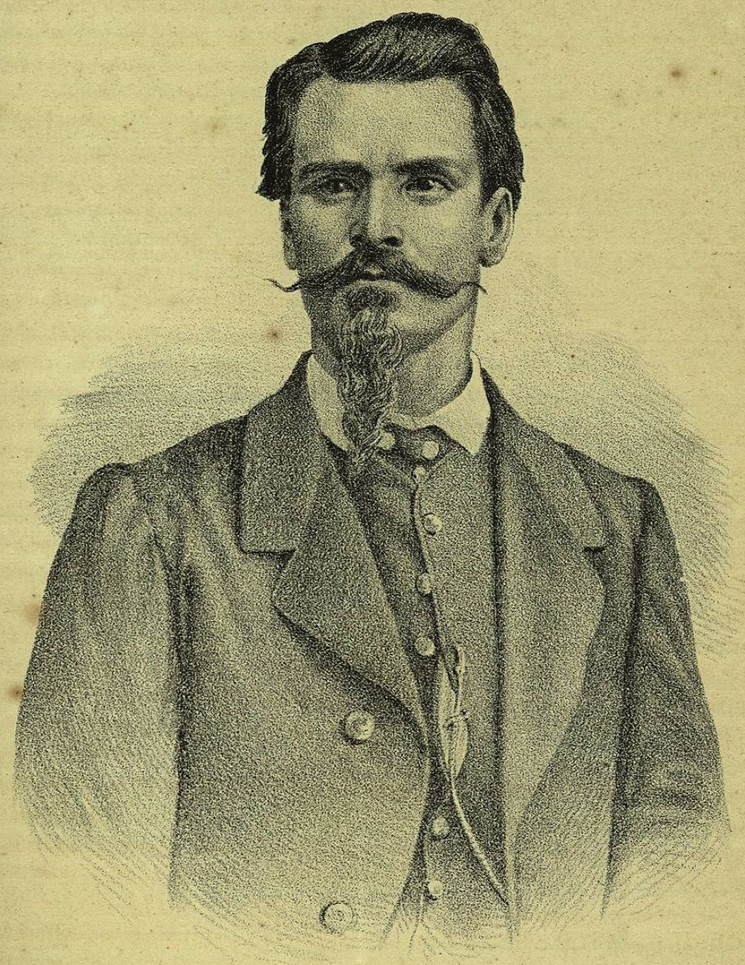
general Prim y Sir Charles Wyke, y en vez de decir algo sobre las órdenes de Napoleón, contestó manifestando la pena que le causaba haber hecho lo que ahora veía que iba á comprometer tan gravemente la fe empeñada con el gobierno mexicano, y ofreció que haría regresar á Veracruz á los emigrados Almonte, Haro y Tamariz, el Padre Miranda y á otros que eran principales motores del proyecto de monarquía.

La presencia de los emigrados, bajo la protección de la bandera francesa, debe ser considerada como uno de los hechos que causaron más serias divergencias entre los comisarios; pues si con relación á Almonte se advertía que había de por medio órdenes del Emperador, no podíase admitir que se extendiera el permiso al Padre Miranda y los demás que, pertenecientes al partido reaccionario, acompañaban á aquel. El gobierno imperial aparentó desaprobar la protección concedida á los acompañantes de Almonte. Lord Russell escribía al embajador inglés en París, "que lamentaba que el Emperador de los franceses hubiera concedido á Almonte protección bajo la bandera francesa, pues desembarcando los emigrados bajo el amparo de seis mil hombres que habían invadido el territorio mexicano, era seguro que inspirarían alarma y revivirían las pasiones de odio y venganza." "Es claro, añadió, que el general Almonte no pueda ser entregado á los mexicanos, pero sí podría ser reembarcado para París." Lord Russell incluía entre las causas principales que habían impedido el buen éxito de la expedición aliada, la sanción que se dió á la presencia del general Almonte en México, cuyos propósitos eran subvertir el gobierno existente por medio de la guerra civil, propósitos completamente ajenos á la Convención del 31 de Octubre; el ministro británico convino en que no se podía inculpar al gobierno mexicano porque defendiera su propia existencia.

La autoridad de Córdoba fué la que pidió al jefe del batallón que custodiaba á Almonte y demás emigrados, que los entregara, á lo cual se negaron los franceses. Estos se aprovecharon del tratado de la Soledad para avanzar en son de paz hasta Córdoba y proveerse de los medios de trasporte de que carecían, y luego, cuando ya estaban provistos, cuando ya tenían todos los medios necesarios, no vacilaron en sostener á Almonte y en seguir cubriéndole con el pabellón francés, aunque veían que era la manzana de la discordia, resultando caso de guerra el retenerlo en sus filas.

El gobierno de México sostenía: que la protección á Almonte era contraria á lo estipulado en el tratado de Londres y á la política que habían ofrecido observar las tres potencias aliadas; que los lugares ocupados por las tropas francesas no lo habían sido por el derecho de la guerra, sino por concesión del gobierno mexicano y continuaban formando parte del territorio que le obedecía; consideraba como un atentado cometido por los comisarios del Emperador, encubrir bajo su bandera á un individuo puesto fuera de la ley del país; y era evidente que los franceses violaban sin justicia la hospitalidad, admitiendo á un enemigo del que la daba. Existiendo una flagrante infracción del tratado de Londres, había de quedar forzosamente disuelta la alianza que lo había reconocido por origen. Pero todo lo



General Francisco Leyva.

Combatió la Intervención y el Imperio. Habiendo ingresado al ejército de Oriente, obtuvo el General Leyva el puesto de segundo en jefe al arreglarse esa fuerza en Marzo y Junio de 1866. Poco después, las crecientes necesidades de la campaña hicieron necesaria la distribución de las tropas para repartir con equidad las cargas entre los pueblos: entonces le fué designada al General Leyva la parte Sur de México —más tarde conocida con el nombre de Estado de Morelos,— y obligó á los imperialistas á retirarse del Estado de Guerrero á la capital del Imperio. Aumentadas y organizadas las tropas del General Leyva, contribuyó á las operaciones posteriores del ejército de Oriente y al sitio puesto á la capital del Imperio de Abril á Junio de 1867.

que pasaba obedecía á órdenes superiores, "no ha sido por mi voluntad, escribía La Gravière á Prim, por lo que los emigrados mexicanos han partido de Veracruz escoltados por el batallón de Cazadores á pie." Echábale en cara á Prim, que cuando Miramón llegó á Veracruz, el jefe español se esforzó en que no lo condujeran á las Bermudas, conducta que aprobó el gobierno español. Pero las causas de Miramón y de Almonte eran diferentes, pues al primero no se le abrigaba bajo un pabellón extranjero, ni se le iba á otorgar completa protección. Prim dijo haberse opuesto á la venida de Almonte y no á la de Miramón, porque éste quería entrar á su país por su cuenta y riesgo, para reunirse con sus partidarios y amigos y en ello lo consideraba en su derecho; no podía impedírselo y procuró que se le dejara en libertad; en tanto que Almonte, escoltado por los soldados franceses, penetraba para alentar á la sombra de éstos, impunemente, la conspiración y las revueltas contra el mismo gobierno con el que estaban en convenios los aliados.

Cuando trataron de entenderse, no con el general Doblado sino entre sí los comisarios, sobre las reclamaciones que convendría presentar, los ingleses pedían ochenta millones de francos, pretensión sin duda exagerada; los españoles no pedían más que cuarenta; en cuanto á los franceses, aunque en 1853 se les había concedido una suma de importancia, y cuando apenas habían pasado ocho años pedían sesenta millones, cantidad exageradísima, á la que ninguna objeción habían opuesto los comisarios español é inglés, que sí reclamaron siempre que se habló del crédito de Jecker, esto es, de los setenta y cinco millones de francos que se habían de reunir á los ciento ochenta que exigían las tres naciones; entonces se hicieron observaciones y se notó que era una pretensión imposible de satisfacer, la de exigir á México tres ó cuatro años de sus rentas. En tales circunstancias, y no queriendo ser esos comisarios jueces unos de los otros, habían acordado pedir instrucciones á las potencias que respectivamente representaban. Quedaban en Orizaba esperando noticias de Europa, cuando de pronto se supo que la nueva expedición francesa acababa de arribar á Veracruz, al mando del general Laurencez, compuesta de más de cuatro mil soldados y que apoyados en ella llegaban los principales emigrados mexicanos, que públicamente aseguraban tener autorización del gobierno francés, para restablecer la monarquía en México presidida por un príncipe austriaco.

Esto produjo naturalmente grande exaltación entre los plenipotenciarios español é inglés que reunidos en Orizaba, dijeron:

—¿En qué posición nos colocáis? ¡Cómo! hemos prometido al gobierno de México no ocuparnos de asuntos del Interior y con esta condición nos ha dado cuarteles sanos y abundantemente provistos, y se ha salvado la vida de nuestros soldados; después de estos convenios y de nuestros compromisos, llegan más de cuatro mil soldados franceses con la misión públicamente declarada de establecer un gobierno monárquico en México. ¡Esta posición nuestra no es sostenible!

El gobierno del Sr. Juárez, informado del proyecto que tenían los emigrados, de internarse con las fuerzas francesas, contando con el amparo de ellas para en-

tregarse á las tramas que habían de dar por resultado la caída de la República, insistió con los comisarios comunicándoles su firme resolución de perseguir, aprehender y castigar á los proscritos que penetraran á México con intenciones hostiles. Como de los cinco comisarios aliados solamente estaban en Orizaba el general Prim y Sir Charles Wyke, escribieron al almirante Jurién de la Gravière y á Mr. de Saligny, manifestándoles que en su opinión, el gobierno de México se fundaba en la razón y la justicia y solicitaban la autorización de sus colegas para contestar en este sentido, dando por resultado la última conferencia, tan célebre, del 9 de Abril.

La Intervención francesa se negó á reembarcar á Almonte, como lo había pedido el gobierno del Sr. Juárez; esa conducta de los franceses fué contraria al voto de la mayoría de sus aliados y al ejemplo dado por los ingleses, que reembarcaron á Miramón; dijose que jamás un proscrito había implorado en vano el asilo del pabellón francés, llamando proscrito al que en la misma nota se asegura que lleva la confianza, la voluntad y las instrucciones del Emperador; y el que esparce por todas partes, cartas de seducción y circulares para un pronunciamiento por él y contra lo existente, proclamándole los mismos franceses jefe supremo de la Nación, aunque después lo destituyen por *no haber guardado la circunspección debida*, esto es, porque reveló á los comisarios de las otras potencias, los planes, aun no maduros, de su verdadera misión.

Cuando el gobierno mexicano se convenció que Almonte se hallaba bajo la inmediata protección de la Francia, desistió de aprehenderlo y tan sólo quiso que se alejara del territorio mexicano, lo mismo que había indicado el gobierno británico, como un medio decoroso para que Francia saliera de la dificultad; pero siendo contrario el pensamiento de Napoleón, se contestó que la protección á Almonte era ya un punto de honor y que debía sostenerse á toda costa.

Con motivo de este asunto, fué atacado en la Cámara francesa de los diputados por Mr. Billaut, el general Prim, por haber obrado de distinto modo en el caso de Almonte que en el de Miramón, á quien protegió, y la acusación se extendió hasta asegurar que menospreciaba las órdenes de la Reina, aunque en un caso se tratara solamente de permitir la entrada de un proscrito y en el de Almonte de abrigar á otro bajo un pabellón extranjero, dándole protección amplísima, llevándole con las bayonetas extranjeras á lugares sometidos al gobierno mexicano, donde éste había dado asilo hospitalario á las tropas aliadas. El gobierno de la Gran Bretaña, manifestó que debía haberse prohibido la entrada de Almonte del mismo modo que se prohibió la de Miramón, y con motivo de esto el comodoro Dunlop dijo: que no había procedido de igual manera, porque no tuvo conocimiento de la llegada de Almonte, sino hasta que estaba en tierra.

Se pedía por los comisarios español é ingleses, no que Almonte fuese entregado sino reembarcado para la Habana, según se había procedido con Miramón.

—Enviad á la Habana, decían, á los emigrados recién venidos, y si no llegamos á negociar con los mexicanos y la guerra es inevitable, tiempo habrá para que los partidarios del gobierno monárquico sigan sus proyectos.

—¿Creéis, dijo Jurién de La Gravière, que de buena fe se nos hayan cedido estos campamentos y que realmente se quiera entrar en negociaciones?

A esto replicaban los otros comisarios:

—Evidentemente no se nos habrían cedido, si no quisieran tratar. El hecho de haber dispersado sus fuerzas, no permite dudar de la buena fe del gobierno mexicano. En todo caso, las conferencias deben comenzar el 15 de Abril, y en pocos días se podrá tener una respuesta categórica.

—No, dijo el comisario francés, tengo órdenes.....

Llamaba mucho la atención, supuesto el deseo de los aliados por un avenimiento, el hecho de que en Veracruz y Córdoba hubieran permanecido conspirando los Sres. Almonte y Haro y Tamariz, después de haber sido reconocido por los comisarios regios el gobierno del Sr. Juárez en los Preliminares de la Soledad, y después de haber protestado de una manera solemne, que no querían intervenir en los asuntos políticos de México, pues se nulificaban tales protestas dando abrigo y asilo á los conspiradores, bastante conocidos en la historia de nuestras revueltas políticas. Excitaba D. Juan N. Almonte á los reaccionarios que estaban con las armas en las manos, á que continuaran levantados y apoyaran la Intervención. Además, los sublevados comenzaron á encontrar refugio en los lugares ocupados por los franceses, que se negaban á entregarlos al gobierno; así los aliados no tenían la cualidad de huéspedes que se atribuían y se comenzó á ver que el pensamiento de Luis Napoleón acerca de establecer una monarquía en México, no era de circunstancias, ni efecto del malestar y de la inseguridad de los extranjeros en la República, sino consecuencia de miras ambiciosas de engrandecimiento y predominio en el Nuevo-Continente.

Al comenzar el mes de Marzo, parecía anunciarse un desenlace pacífico de las complicadas dificultades que habían venido á interrumpir las relaciones entre México y las tres potencias aliadas; pero cuando estaban listos ya los comisionados mexicanos para asistir el 15 de Abril á las conferencias de Orizaba, se supo que los comisarios franceses habían roto el Convenio de Londres y los tratados de la Soledad, alegando que no podían prestarse al alejamiento de Almonte, y á los pocos días apareció un manifiesto de Saligny y Jurién á la Nación mexicana. Los comisionados mexicanos, Sres. Echeverría y Terán, estando en Orizaba visitaron al general Prim y fijaron el 15 de Abril para que comenzaran las conferencias; regresaron á México después de tratar únicamente con los comisarios español é inglés. Los franceses, sin acuerdo de sus colegas, obraban como les parecía, por cuya conducta se mostró muy disgustado el general Prim. Ya en Córdoba, Almonte hizo publicar un plan impreso con bastante anterioridad, proclamándose jefe supremo interino de la República, convocaba á un congreso extraordinario para que resolviera la forma de gobierno que había de regir en México, y nombrara el primer magistrado. Sabíase que su ministerio se compondría de los Sres.